

UN JUICIO SOBRE RICHARD STRAUSS

ACABAMOS de asistir al desaparecimiento de Richard Strauss, a los 85 años de edad, después de una vida entera, puede decirse, dedicada al ejercicio de su arte. En efecto, nacido en 1864, ya a los cinco años tenía lecciones de piano y de violín a los siete; comenzando a componer desde esta temprana edad. Después de haber hecho estudios de liceo y universitarios, sin dejar al mismo tiempo de componer sinfonías, sonatas, conciertos, etc. y actuar de ejecutante de piano y violín, se entrega francamente a la composición alternada con la dirección orquestal y la enseñanza. Esta intensa actividad musical continuó en esa forma, prácticamente, hasta nuestros días.

Paralelamente a esta extraordinaria longevidad artística, llama la atención en Strauss la permanencia y prolongación de su estilo de estirpe netamente romántica, dentro de los profundos cambios de apreciación estética y de todo orden que se produjeron a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Permanencia de estilo que hace aparecer a Strauss como un anacronismo inexplicable si no tomamos en cuenta los ingredientes que formaban su personalidad y a los cuales un individualismo desbordado y fuerte servía de aglutinante.

Richard Strauss da sus primeros pasos en la vida, mimado por la fortuna, que, en forma de directores famosos (Bülow, Lassen, etc.) que lo acogen bajo su protección y rinden homenaje a sus numerosas dotes naturales, le dará una vida llena de triunfos y sin obstáculos de importancia.

Esta condición de niño mimado que no conoce circunstancias adversas, perdurará a través de su vida y se reflejará fuertemente en su música egocéntrica y autobiográfica. Y será esta personalidad suya, perfectamente calzada en el ambiente del romanticismo en decadencia, la que no podrá variar al advenir nuevos tiempos, quedando «como una gran península que se interna mucho en el mar» (*).

Si bien sus poemas sinfónicos (forma preferida y más inspirada de Strauss) podrán vaciarse en estructuras mensurables por los cánones clásicos, tienen la pretensión romántica de transmitir sentimientos, hechos e ideas extramusicales por el apoyo que buscan en un determinado texto literario. Pero, afortunadamente, en el caso de Strauss, no es urgente el conocimiento de dichos textos para poder apreciar, desde un punto de vista puramente musical, los aciertos geniales y la fuerza creadora que reflejan estos poemas.

Otro elemento que caracteriza las obras sinfónicas de Strauss, exigido por las tendencias predominantes de su época, es la enorme or-

(*) «Tránsito de Strauss» A. Letelier.

questa por él empleada. La composición de la orquesta había venido creciendo paulatinamente y de acuerdo con el desarrollo musical; encontrándonos en el romanticismo con el empleo de grandes estructuras orquestales como una consecuencia necesaria de sus más íntimos postulados. Con Strauss este crecimiento adquirió características de hipertrofia (Salomé, 115 instrumentos incluso un órgano).

Pero el aspecto más profundamente romántico de su producción es el carácter antropocéntrico de su intención explícita o implícita, y aun más, egocéntrico, como claramente se desprende de algunos de los títulos (y textos): Don Juan, Vida de un Héroe, Muerte y Transfiguración (el triunfo de su amor; de su vida; de su muerte). Como antítesis de lo anterior es curioso observar la ausencia de composiciones de carácter religioso en la vasta producción straussiana.

De la mayor parte de las obras de Strauss se ha dicho que son grandilocuentes y ampulosas; que entran en descripciones realistas con elementos extramusicales; que son las más, superficiales y vanamente coloristas; que el músico escondía su pobreza de inventiva copiándose a sí mismo, etc., etc.

Estas observaciones, creo, no tienen gran importancia frente al indiscutible valor estético que sus obras más características poseen por su riqueza orquestal; abundancia, combinación y desarrollo de bellos y originales temas; lógico equilibrio formal.

JUAN AMENÁBAR.